

ÚLTIMO EMBARGO (*)

Hasta que los gringos dijeron basta y echaron a andar sus enormes maquinarias amarillas que iban a restituir a su lugar de origen y derecho todos los bienes y males que habían ido transfiriendo a lo largo de los años a estas tierras de Dios y Federación, no faltaba más, qué se habrán creído los negritos estos, iniciando —inicializando, corregían los peritos de remoción terrestre— así el más grande terremoto programado conocido en la historia: comenzaron por donde tenían que comenzar, por las grandes computadoras instaladas en tanto instituto autónomo, en tanto edificio blanco repleto de papel y fastidio encorbatado, la IBM 360, tenga la bondad señor que nos estamos llevando la máquina, no te me agites negrito que el gringo tiene toda la razón. Después le tocó el turno a los parientes electrónicos que habían inundado el país durante los últimos años: calculadoras manuales, me hacen el favor señores y señoras y entregan sus calculadoras manuales, miren que no quiero violencia; relojes digitales, balanzas y contadores, termómetros, multímetros, barómetros, pluviómetros, tensiómetros, voltímetros, titulímetros, espectrómetros, decibelímetros, altímetros y bajímetros fueron desconectados, escrupulosamente empacados, codificados, clasificados, seriados y embalados en cajas, cajitas y cajones que la *International Box Corporation* había elaborado por encargo. La gente, un poco triste por la ausencia de aquellos numeritos verdes y rojos que desde la pantalla tanta pantalla habían brindado, aceptó, sin embargo, el embargo de los ingenios electrónicos. Pero cuando se difundió la noticia de que se había iniciado en el occidente del país una segunda fase que, finalizada la etapa electrónico-digital, comprendía el secuestro, decomiso y posterior embalaje de radios, televisores —en pleno acorde climático de la "Hija de Juana Crespo"— y tocadiscos (*turntables*), entonces una explosión de histeria protectora se desató en los pueblos y ciudades. La gente ya no encontraba en donde esconder sus radiecitos *Riviera*, los pequeñísimos grabadores de *cassette* Sony que caían inexorablemente en manos del personal de decomiso. Se cuenta de un valiente estudiante de ingeniería de una universidad capitalina que prefirió lanzarse del tercer piso del Edificio de Matemáticas y Sistemas (MYS) antes que entregar al enemigo (ya se había difundido la especie de que se trataba de una acción enemistosa) la flamante HP-67 que, con denuedo, había logrado resguardar de los decomisos iniciales. Una señora en Maracaibo se suicidó dentro de su *dishwasher* centrifugándose a máxima velocidad. Hubo intentos de prender fuego a los grandes almacenes de electrodomésticos en acto de soberana inmolación, de camuflar los laboratorios electrónicos de liceos y universidades haciéndolos pasar por atrevidas escenografías del teatro

contemporáneo, de desarmar hasta sus mínimos componentes los complejos electrónicos más grandes y sofisticados, y en Altamira, Caracas, un niño de doce años murió atragantado al intentar deglutir, en un último gesto, su *Mini Casio* de cuatro operaciones y punto flotante. Pero todo el esfuerzo resultó vano, y al cabo de dos semanas, una gigantesca pirámide de madera se alzaba en el principal puerto del país, guardando, en su seno, el total de instrumentos eléctricos y electrónicos que alguna vez habían ocupado un espacio del territorio nacional.

Sin televisores, sin tocadiscos ni aparatos de proyección cinematográfica la vida —sobre todo la vida metropolitana— se vio perturbada. La gente se aburría o se exasperaba y comenzó a inventar o reinventar viejas y olvidadas distracciones; no era extraño descubrir en una esquina a un grupo de ancianos jugando la gallinita ciega, la candelita o, simplemente, contando historias de aparecidos. Algunos padres desenterraron viejos ábacos y, deseosos de mostrarles a sus hijos el valor de aquellos rudimentarios sustitutos de las calculadoras, se consagraron a la enseñanza de la aritmética. Otros progenitores escenificaban ante sus vástagos hiperbólicas dramatizaciones, en un vano intento de suplir las virtudes de la fenecida televisión. Hubo, finalmente, quienes optaron por sacarle simple provecho a la situación, colocando en el libre comercio de las distracciones, empolvados juegos de damas chinas, de *yaquis* y *gurrufios*. La diversión más generalizada —sobre todo entre los felices poseedores de algún vehículo de tracción no sanguínea— siguió siendo, no obstante, la automotriz: no por casualidad se incrementaron en un trescientos veinticinco por ciento los accidentes mortales en carreteras, avenidas, callejones y autopistas, y las denuncias por robo, secuestro y desvalijamiento de vehículos, superaron con creces las abultadas cifras registradas durante las décadas anteriores.

Semanas más tarde comenzó la etapa mecánica, mister usted hacer un favor de entregar la llaves de su vehículo, en pocos días no existía ni una sólo embotellamiento a todo lo ancho del país nacional y, al cabo de una semana, no subsistía tránsito alguno. LTD, *Landau*, *Caprice*, *Fiat*, *Maverick*, *Volkswagen*, cada automóvil era colocado en una voluminosa caja amarilla (*containers*, las llamaban los expertos de embalaje y embarque) a una de cuyas caras se le adosaba una ficha-resumen de su vida en el trópico: *Volkswagen*. Año 1970. Color azul. El Paraíso. Caracas (en realidad rezaba: *V.W. Year 1970. Blue*. El Paraíso. Caracas.) No es necesario relatar cuántos suicidios, asesinatos, muertes por colapso nervioso o simple melancolía se sucedieron en el transcurso de pocos días. Basta mencionar el gesto memorable de varios jóvenes

caraqueños —otrora campeones de pique de cauchos en la zona de Los Próceres y alrededores— que vieron sucumbir, una tras otra, sus poderosas máquinas automotrices en una crepitante pira de hierro al fondo del más profundo barranco de la carretera Caracas-Los Teques. No menos de la mitad de estos jóvenes se lanzaron al vacío junto a sus autos.

Hubo momentos en que la gente se dedicó a caminar por las autopistas y las avenidas de la ciudad y hasta se producían congestiones de viandantes que pugnaban por irrespetar los semáforos, pero muy pronto —con la súbita desaparición del segundo piso de la Autopista del Este en las fauces de varias maquinarias amarillas— el hábito se vio sustituido por un incontenible afán de solicitar refugio en los lugares techados, a salvo de las cuadrillas de recolección que se afanaban en desmontar los postes del alumbrado y del tendido eléctrico. A esta altura de las circunstancias ya las fuerzas del orden en consideración al artículo, del código, del infolio, inciso, subtítulo, etcétera, habían decidido implementar los pasos conducentes en favor de una intervención en contra de la brutal agresión de que ha sido objeto, pero mucho antes de que el contenido de tal decisión emanada en consenso del soberano Congreso Nacional alcanzara los oídos del General en Jefe de los Ejércitos designado para tal fin, ya absolutamente todo el armamento terrestre, marítimo y aéreo, había sido decomisado, embalado, y enviado expresamente a su nuevo destino.

Cierto desasosiego, cierta apatía gradual se fue apoderando de la población que deambulaba sobre los caminos polvorientos que una vez había sido autopistas, sin hacer caso de las grúas que desmontaban los avisos luminosos, de los taladros que extraían del vientre de la tierra las vísceras resquebrajadas de tubos recolectores e instalaciones subterráneas. Pero cuando arribaron al país las primeras gigantescas "mudadoras" de la *International Building Movers*, ya todo fue una única inmensa desesperación que empujaba a los despavoridos habitantes del país hacia la autodestrucción y la locura, mientras las ingentes maquinarias amarillas desmontaban, piso a piso y almacén por almacén, todos y cada uno de los numerosos centros comerciales que en los últimos años había proliferado en el país.

En el desierto aceitoso —las torres de extracción petrolera habían desaparecido hacía meses de las tierras descoloridas y en algunos lugares el negro carburante brotaba espontáneamente— deambulaban embrutecidos los hombres (y las mujeres (y también los niños)). Apenas si tenían fuerza para correr y librarse por unos minutos y volver a emprender una cada vez más imposible huida hasta caer extenuados

dejándose atrapar por las cuadrillas recolectoras para ser transportados hacia esos enormes recintos electromecánicos —últimos engendros llegados al país y plantados en medio de la desolación— y ser depositados por fin en las camillas de desplazamiento automático que les conducían al Centro de Recuperación Sanguínea —*Blood Recovering Center*— donde gota a gota, en un riguroso proceso de selección, les era extraída la sangre ajena, producto de la importación y la ayuda internacional, última deuda por cobrar.

(*) Primer Premio Concurso "Salvador de la Plaza". Universidad Central de Venezuela 1976.

GLOBI (**)

Luis Cucaracha se arrechaba conmigo porque yo no le prestaba la juguita verde, pero enseguida se contentaba y me invitaba a jugar contra embuste. Como yo pegaba muy poco, apenas me atrevía a jugar contra embuste con Luis Cucaracha en el bloque de atrás y si acaso, en aquellos días afortunados en los que desde temprano mi juguita (ese culisito verde que destellaba dentro del frasco donde se confundía una resonante multicromía de metras cualesquiera) salía con desacostumbrada frecuencia de mi volado para clavarse sobre la juga adversaria, me animaba a proponerle a Luis una partida contra chicotazos. Luis Cucaracha pegaba que jode y cuando jugábamos pepa pura, no había transcurrido media hora cuando ya el brazo enrojecido de tanto chicotazo caliente, urgía el reclamo de una bien argumentada taima. Pero otras veces tomaba la delantera y le proponía una partida de pepa y palmo y así, gracias a la largura digital que según mamá era signo de una innata predisposición al arte pianístico, equilibraba su pepa con mi palmo, y al final del juego hasta me debía chicotazos. Con Luis siempre yo jugaba a lo conforme y evitaba tanta pelea y discutidera porque no tenía que estar cantando a cada rato pido limpio o pido retruque, pero cuando jugábamos con el gordo César -siempre contra embuste- él se empeñaba en jugar a lo legal y se formaba ese enredo con el gordo pidiendo que si escopeta o vista movible. Yo entonces me ponía guillo con el gordo y empezaba a cantar vista limpio y vista saque y que suene y el gordo se descontrolaba y pelaba y trataba de cantarme vista todo pero como era muy gordo yo le cantaba más rápido pido saque y pido movible y pido agüita y era así cómo le ganaba y él se arrechaba y hasta se iba llorando y entonces yo seguía jugando con Luis Cucaracha siempre a lo conforme. A veces estábamos jugando rayo y llegaba El Margariteño y creía que el juego era contra verdad y quería meterse, entonces yo me hacía el loco y recogía las metras porque después del Margariteño llegaban los Paine y Eduardo el Colombiano y todos esos tipos que pegaban que jode y comenzaban a apostar de a treinta metras y si me quedaba ahí jugando con ellos segurito que me ruchaban. Cucaracha jamás se asustaba con la puntería de El Margariteño y se metía en el juego picándose con cualquiera que pegara, si era que El Margariteño, con su volado de largo distancia, no se llevaba todas las metras del rayo, y hasta las lochas y los medicitos con que los hermanos Paine suplían la escasez de metras contantes y sonantes. Yo me quedaba viendo el juego desde el murito de la señora Cristina, contemplando cómo las apuestas subían de diez metras a veinte metras, de una locha a medio y a un real, mientras el Paine

calentaba su volado y el juego se iba concentrando en una competencia directa entre él y El Margariteño quien no paraba ni un rato sus pepazos fulminantes. Cada uno mostraba su estilo: el Paine se arrimaba al rayo para hacerle la rendi a los que le hubieran caído cerca. El Margariteño, en cambio, prefería eliminarlos uno por uno en una persecución sin descanso que sólo finalizaba cuando todos los contendores —menos el Paine— eran eliminados. A partir de ese momento la partida era un espectáculo para todos los que contemplábamos el juego desde el murito verde de la Señora Cristina —palco de preferencia—. Al mediodía, cuando ya el hambre y la tierra ponían en todos una sorda molestia, algún ganador cantaba coleo y en un segundo el rayo desaparecía en un polvoriento y encontrado rebullicio.

A Luis Cucaracha le arrecho mucho que yo le dijera que la juga con que había ganado el botín que casi rompía sus bolsillos de kaky, era mi juguita verde. Yo le pregunté que dónde la había conseguido y él me insistió que le había cambiado por dos molondronas compradas de la quincalla. Yo, que estaba triste y arrecho por la pérdida de la juguita verde —la más brillante, la más sortaria además- le seguí pidiendo que me la dejara ver de cerca, pero en vista de que se puso tan terco decidí dejar así la vaina porque Cucaracha era pana y desde hacía tiempo nos habíamos picado. Luis me invitó a jugar a la niña: herida, grave y muerta —por supuesto contra embuste— y yo saqué la juga que me quedaba de reserva —un culisito azul-azulillo del juego de dama china que estaba virguito— y escogimos una molondrona de Luis para hacer la niña. Yo pedí último pero Luis Cucaracha quedó mano y se arrimó cerca de la niña. Luego sacó la juguita verde y guardó la juga grande y de dos colores con la que siempre jugaba. Yo no dije nada y esperé que apuntara hacia la niña y que su metra saliera disparada y sonara contra la molondrona -herida- y que recogiera de nuevo la juguita verde -grave- y que por último, después de un instante interminable en que el pulso de Cucaracha temblaba, la juguita pasara rasante sobre la niña, sin tropezarla. Cuando me tocó mi turno, la metra me salió torcida y fue a caer en un mogotico cerca de la escalera. Luis Cucaracha entonces le tiró a la niña -que suene- y la mató de frente. Ahí mismo fue donde yo me di cuenta de que esa sí era mi juguita verde y que Cucaracha me estaba metiendo cobas, pero Luis seguía tan campante apuntando hacia mi juga que se escondía allá lejos en el mogotico y cuando lanzó, después de su temblor desesperante del pulso, me fijé que estaba tirando pujinche. Tramposería sale —no le dije más un coño— y Cucaracha se rió. Pero me pegó un pepazo increíble y se volvió a reír y yo pensé de bolas, está jugando con la juguita mía y como había caído cerca volvió a tirar y me puso grave. Ya yo estaba demasiado arrecho y comencé a hacerle maraña para que pelara pero Cucaracha lanzó de

nuevo y me mató. Coño Cucaracha, tú me cogiste mi juguita verde, le grité conteniendo las lágrimas que se me asomaban de pura arrechera y Cucaracha me contestó esa juga es mía. Entonces yo le dije que no le tenía miedo y empecé a empujarlo y terminamos cayéndonos a golpes y revolcándonos en el polvo sin importarnos las metras que se desparramaban por el suelo ni la gente que se había comenzado a arremolinar. Nos separaron -los dos llorando- y nos fuimos quedando solos, recogiendo lentamente las metras que se desleían sobre la tierra con la oscuridad de la tarde. La noche sobrevino sobre los bloques y - como un reloj- se oyó la voz de la mamá de Luis que lo amenazaba como todo los días con que su papá ya llegaba. Luis Cucaracha me miró con los ojos enrojecidos y me dijo: toma, coje tu juga. Una mínima esfera pulimentada destellaba sobre su palma sucia reflejando la luz recién encendida de un poste. Mi juguita -un culisito verde, casi un azabache cristalino a esas horas de la noche- temblaba en su mano. Dame mi vaina le dije, y casi se la arrebató. Oímos esta vez la voz de Tata, la hermana. Me voy para el carajo, dijo Luis, y callado y medio triste recogió su molondrona y se la llevó al bolsillo. Si quieres te paso este culisito, le dije mostrando el culisito azul con que había perdido. Bueno, si quieres, —casi no se le oía—. Se la entregué —coño pana gracias— y ya corriendo hacia la escalera de su casa me gritó: Mañana jugamos rayo, llámame a las nueve. Okey, le respondí, sacudiéndome el polvo de los pantalones para subir la casa, hasta el día siguiente.

(*) Primer Premio Concurso de Cuentos del Diario "Estrías". 1977.

CONSULTA

El Doctor William Pardo López oyó los golpecitos y los ignoró. Las transaminasas, urgidas por el imperativo bioquímico que se describía en los párrafos siguientes, intervenían en la reacción. Una de las moléculas de carbono parecía desprenderse caprichosamente. Dos nuevos toques lo arrancaron por fin de la *Biomedical Review*. Sintió el impulso de llamar a la enfermera e inmediatamente recordó que la enfermera había salido. Decidió abrir la puerta.

Del otro lado lo sorprendió el rostro desenchajado de la señora Rodríguez: le dirigía la mirada menos provista de significado que él hubiese observado alguna vez. La invitó a pasar.

La señora Rodríguez se plantó frente al escritorio, con las piernas muy juntas, aferrada al cinto de su bolso de patente. El doctor López volvió a la silla giratoria y decidió recargar su pipa.

—Usted dirá.

Los ojitos de la señora Rodríguez enfocaron el rostro del Doctor López.

—Doctor —dijo— vine a verlo porque tengo una hemorragia.

El doctor vació el excedente de picadura y avivó el fuego con chupadas intermitentes. Por un instante, la *Biomedical Review* atrajo su atención. Las transaminasas.

— ¿Una hemorragia? ¿Desde hace cuánto?

— Una semana.

El doctor López entrecerró los ojos. Una hebra de Honeyrose de Luxe se enroscó en sus bigotes y comenzó a desintegrarse.

— ¿Me puedes dar más detalles?

La señora Rodríguez sacó un cigarrillo de su cartera, lo encendió con mano temblorosa e inauguró una larga relación de sus dolencias. El doctor López la escuchó dando lentas chupadas a su pipa desde su silla giratoria.

— Vamos a examinarte —dijo— y se levantó para alcanzar una bata.

La señora Rodríguez regresó del baño embutida en una holgada bata blanca y se tumbó en la camilla. El Doctor López terminó de ajustarse los guantes y la miró fijamente. Su mano derecha inició el examen.

— Qué te pasó Gladys, que no has llamado...

— Bueno López, si me vas a atender... — se quejó la señora Rodríguez.

— A carajo, Gladys — dijo el Doctor López, sin dejar de auscultarla.

— Estoy apurada, López. ¿Me vas a dar el diagnóstico?

El Doctor López se libró de los guantes. La Señora Rodríguez permanecía inmóvil, casi sin respirar.

— Gladys, qué es lo que te pasa ¿me quieres decir?— dijo tomándola por los hombros. Se le encimó.

— Me vienen a buscar, López, te lo advierto...

—Putá... — musitó el doctor López, y comenzó a besarla— Putá...

La señora Rodríguez hizo el intento de zafarse. Lentamente fue aflojando los brazos hasta que no opuso más resistencia. De vez en cuando dejaba escapar una tímida queja por la hemorragia.

Sonó el intercomunicador.

La señora Rodríguez se incorporó, miró fijamente al Doctor López por un instante, y se metió detrás del biombo. El Doctor López se abrochó el cinturón, se aderezó rápidamente, y comenzó a caminar de un lado a otro. Por fin, se dejó caer en la silla giratoria.

La señora Rodríguez reapareció aplicándose los últimos retoques de maquillaje. Cruzó frente al Doctor López y cerró la puerta con el impulso exacto.

El doctor López permaneció tumbado en su silla por un largo rato. Alcanzó la pipa. El diagrama que ilustraba el curioso fenómeno de las transaminasas terminó por acaparar toda su atención.